Un Amor en la oscuridad

Pedro Hugo García Peláez

Un Amor en la oscuridad

Historia de Un Amor moderno

Pedro Hugo García Peláaez, 2026

Isaan y Moyna habían vivido desde su tierna infancia pegados el uno al otro y, sin embargo, ni se conocían personalmente.

Tenían dos años de diferencia y él iba a un colegio de niños y ella a otro solo para niñas, separados por un muro, y era tan variopinta la cantidad de niños que estaban a un lado y otro del muro que hizo difícil que se conocieran aun estando tan pegados. Cuando digo muro lo digo literalmente, ya que el colegio de niñas estaba en un alto y el muro medía unos diez metros, ya que el colegio de los niños estaba abajo del muro. Ellos crecían a un lado y al otro sin conocerse.

Incluso tenían amigos y amigas comunes, pero seguían sin conocerse.

La hermana de Yunai, un amigo de Isaan, mostraba interés en Isaan y, como era amiga de Moyna, se lo debió contar a ella, pero Moyna ni le debió hacer caso. Isaan sería alguien más en la oscuridad del Madrid de principios de los años setenta; sin embargo, esta debió ser la primera noticia de la existencia de Isaan para Moyna, pero no la última.

En esas circunstancias se podía decir que Isaan y Moyna vivían juntos, casi pegados pero separados por un muro en el tiempo, aunque casi pegados en el espacio. Y es que dos personas pueden vivir casi pegadas incluso a diez metros de distancia y no verse. El tiempo es imprescindible para que dos personas se conozcan; que los ojos de dos personas se crucen significa que los dos se han encontrado en el espacio y en el tiempo, aunque ambos hayan nacido en tiempos casi iguales y estudien casi pegados el uno al otro: tienen que coincidir en el espacio y el tiempo, y viceversa.

El espacio, aunque sea de tres dimensiones, se puede simplificar en una; por lo tanto, serían dos las variables: espacio y tiempo, que en el caso de Moyna e Isaan, a pesar de ser muy cercanas, no conseguían que sus pupilas se cruzasen.

La vida en el colegio era ardua para ambos, ya que desconocían que la sociedad fuera de los muros de ambos colegios era bastante penosa; sin embargo, ellos, a pesar de vivir bien, se quejaban de vicio.

La relación de ambos con sus compañeros de clase era inmejorable; aun así, mantenían la distancia con ellos. Ambos eran inteligentes y la envidia siempre existe; además, ambos querían llegar más lejos que sus compañeros de estudios y, de hecho, llegaron.

Aun así, todo lo que rodeaba el mundo de Isaan y Moyna daba asco; todo estaba estudiado para que ambos siguieran ese tipo de vida que parecía que les había marcado el destino y que a la postre era un engaño: era un adorno que se ponía y se quitaba como si de un macabro juego se tratara. De hecho, ambos se sentían integrados cuando brevemente conversaban con un mendigo, con un policía o con algún atracador de buen corazón, lejos de ese mundo donde eran figuras de una perfecta estampa familiar.

Los padres de uno y otro se preocupaban de que fueran los mejores; los curas y monjas de ambos colegios también trataban de que fueran los mejores, pero al menor fallo les dejaban tirados como si de un par de muñecos de trapo se trataran.

Los padres, curas y monjas que guiaban el destino de ambos eran unos puros burócratas y economistas con muy poca sensibilidad, de los que tampoco se podía esperar nada; solo se salvaban las madres de ambos.

Incluso gran parte de los familiares indirectos de ambos eran un conjunto de tarados que, en parte, tampoco tenían culpa de nada, ya que bastante tenían que aguantar ellos, por lo que tampoco se podía esperar nada de ellos. Eran cómplices de aquella historia, al igual que lo eran Isaan y Moyna, a pesar de no ser plenamente conscientes de ello.

El tiempo pasó, a veces rápido, otras veces lento, pero más bien rápido que lento. Los cursos escolares pasaban uno tras otro, tanto a un lado como al otro del muro. Ambos no tenían problemas con el paso de los cursos escolares, pero Isaan y Moyna querían dejar atrás esos muros de ambos colegios y descubrir qué había más allá.

Se podía decir que llevaban diez años viviendo pegados, pero que nada podía presagiar un encuentro.

Aunque estadísticamente sí había posibilidades de un encuentro.

Él jugaba bastante bien como defensa y había conseguido jugar en el equipo que admiraba desde pequeño.

Eso era una gran suerte; pelearse contra el contrario de forma correcta es un bálsamo contra la soledad y ayuda a forjarte un carácter.

De hecho, él tenía una gran responsabilidad en su equipo, y es que si juegas en el equipo que has soñado desde que tenías cinco años, la gente empieza a verte como un soñador que ha conseguido su sueño. Ese tipo de sueños son peligrosos: cuando tienes cinco años sueñas con llegar ahí, pero cuando llegas es como volverse loco.

La gente espera mucho de ti, pero siguen sin perdonarte los fallos.

De hecho, quedar segundo en la liga escolar era un peldaño abajo que la gente no le perdonó a Isaan. Parecía como si perder un simple partido, aunque fuese la final, impulsase a la gente a considerar a Isaan como un perdedor que estaba en caída libre; tampoco valoraban lo que le había costado llegar hasta ahí, pero la gente solo le valoraba por un simple partido de noventa minutos.

Volviendo al tema del sueño de jugar en su equipo, Isaan no tenía demasiada disciplina, por lo que faltaba de vez en cuando a los entrenamientos. Aunque la gente cree que los que llegan ahí son todos muy fuertes, la verdad es que están equivocados; muchos lo dejan por dejadez, por buscar otras aspiraciones o simplemente porque estaban cansados de ello. De hecho, Isaan conoció a mucha gente en su vida a la que le había pasado lo mismo.

De hecho, empezar a dejar esa puerta abierta presagiaba que Isaan empezaba una caída libre, y es que en un segundo te puede cambiar la vida, contrariamente a lo que piensan muchos.

Pero lo bien que lo pasaba cuando era incluido en el equipo, ya que a veces era imprescindible para ganar partidos, y eso le compensaba con creces.

De todas maneras, esta experiencia deportiva cambió algo en el carácter de Isaan y, desde ese día, empezó a buscarse nuevos retos y pasar página de lo que habían acabado. Consideró que el reto del deporte estaba cumplido y ahora había que buscar nuevos retos. Él era popular, lo mismo que ella; ambos eran hijos de padres ricos de dinero, aunque no de amor, y vivían muy bien en el Madrid de los años ochenta, que era epicentro de la llamada «Movida madrileña». El único problema que tenían era a qué fiesta o discoteca ir y, si no tenían dinero, ir a algún parque a hacer botellón.

La vida en esa época era diferente: se fumaba en los aviones y trenes, nadie se planteaba comprar condones a no ser que fuera estrictamente necesario.

La Movida madrileña era algo que surgió de la nada, una bola que empezó a rodar y que luego inexplicablemente se despeñó…

Pero se vivía bien; hay que reconocer que podías disfrutar del ambiente. Era como estar en una isla desierta de Polinesia después de haber comido con tu familia un domingo.

Las vidas familiares de Isaan y Moyna tenían muchas coincidencias: ambas eran familias muy estrictas, y eso les impulsaba a buscar su felicidad en la calle. Ambos ansiaban salir de sus casas como locos sin importarles demasiado adónde ir; únicamente buscaban desaparecer unas horas fuera de su casa. En el caso de Isaan, buscando nuevos retos, ya que deseaba encontrar nuevas vivencias a pesar de que en aquellos años las vivencias ya habían sido movidas.

Bajo estas circunstancias tan especiales se produjo el primer encuentro. Curiosamente fue cerca del muro que les había separado todos esos años, y es que se iba a producir el primer encuentro, no sé si porque alguien forzara la situación o porque estadísticamente tenía que pasar. Isaan iba en dirección a una de las múltiples fiestas que se producían en esos veranos de los años ochenta, además en un barrio pijo, cuando él salía de una heladería oyó una voz por detrás que le dijo: «Isaan, ¿puedo ir contigo?». Era una chica atractiva, un poco más joven que él, e Isaan le dijo que sí…

En ese momento a Isaan le dio un flechazo que nunca había sentido. Se fijó en sus ojos verdes, que nunca se le olvidarían, y en su muñeca, en la que vio una marca. Esa marca podía haber sido una cicatriz de haberse intentado cortar las venas la noche anterior.

Ella era lo que se consideraba en aquella época una «niña bien», y aunque Isaan supuso que era una de las niñas del colegio de al lado, ni se le pasó por la imaginación pensar que era la amiga de la hermana de su amigo Yunai.

Isaan enseguida se dio cuenta de que la vida de ambos se había cruzado, y es que si fijas la mirada más de un segundo en una persona y esta te agrada, el recuerdo queda para siempre. Pero es que, a pesar de la imagen que daban, un pequeño desliz en la asquerosa vida de ambos podía llevar a cualquiera de los dos a cortarse las venas, para evitar ese continuo goteo de mentiras que llenaba sus vidas.

A Isaan no se le quitaba la imagen de la cicatriz en la muñeca de Moyna. Sin embargo, su vida tenía otros mundos y el pensamiento de ambos se dirigió hacia algo que Isaan intuyó como que era amor. Pero ellos todavía eran muy jóvenes, tenían la vida por delante y en aquellos momentos solo tenían que gozar; había momentos en que lo tenían todo.

En ese momento justo anterior al encuentro, él estaba pensando que nunca se enamoraría. «¿Para qué, si tengo todas las amigas que quiero?», pensó, ya que en ese momento tenía muchas amigas y no prestaba demasiada atención al amor en su más extensa concepción. Y de hecho él se preocupó pensando que, si ella no hubiera dicho lo de «¿puedo ir contigo?», a lo mejor el tiempo hubiera pasado, no se hubiesen cruzado y a él nunca le habría llegado ese sentimiento. Pero hay cosas que tienen que pasar y pasan, y algo o alguien podía haber forzado la situación para que eso pasara; sea como fuere, ese proceso en el caso de Isaan era irreversible.

Pasado este instante tan denso, Isaan se fijó en el neón verde que colgaba del techo de la puerta de la heladería donde se habían conocido y siguieron caminando hacia la discoteca.

Al momento Isaan desapareció. Seguramente alguna de sus múltiples amistades le reclamaba.

Él comprendió entonces que aquella chica era una presa fácil en Madrid; cualquier desalmado querría estar con ella, aunque solo fuera por la posición que ostentaba. De hecho, Isaan pensó: «Me he ido a enamorar de una de las chicas más populares y voy a tener competencia por todos lados», porque ella era un espíritu libre que pegaba más en una puesta de sol en Katmandú que en Madrid. Ella se complicaba la vida por ser libre. ¡El Madrid de los ochenta tenía una magia especial!

Como cuando ella apareció solemne e Isaan, que estaba reclinado sobre el parabrisas de un coche, la vio tomar los rayos de luz de la luna y broncearse a la una de la madrugada sobre una toalla extendida en la acera.

Isaan estaba totalmente acoplado en una postura muy cómoda, con la espalda en el parabrisas, las piernas en el capó, y empezó a partirse el culo de la risa.

Él pensaba: «¡Qué noche más mágica! Aquí reclinado oyendo música en una calurosa noche de verano en Madrid, a la salida de mi discoteca preferida». Y entonces Moyna, después de dudar un momento, como si estuviera analizando la situación, le miró críticamente, como diciendo: «¡Qué gilipollas eres!». No sé si fue porque ella pensaba que él se estaba riendo de ella…

La verdad es que él se reía con ella, ya que era una situación cómica que había alegrado la noche a Isaan más si cabe, ya que la admiraba por ser alguien tan libre dentro de ese Madrid que a veces era tan inhóspito.

Eso le produjo un trauma muy fuerte a Isaan; la vida no era perfecta y en un segundo podía cambiar todo. De hecho, ella se podía ir con otro, abandonarle o cualquier cosa peor.

El cerebro humano a veces da muchas vueltas, analiza millones de variables en un segundo; creo que lo hace por impulsos y decide si ese sentimiento es verdadero o no. De hecho, Isaan pensaba que ser pareja tenía un treinta por ciento de posibilidades de éxito, pero a él le daba igual; había algo en Moyna que le decía que ella estaba tan loca como él. Y de hecho, si se encontraron, fue porque fue el típico día en que ambos salieron de casa con el mismo propósito: evadirse de los problemas que tenían en casa.

Isaan se lo pasaba bien sabiendo que tenía a Moyna a su disposición, y ella no quería seguirle el juego. Este juego le quitaba los problemas después de estar todo el día danzando para resolver los problemas, que básicamente eran decidir dónde estar de fiesta y olvidarse de la férrea disciplina en casa.

Es que todo era perfecto en la vida de Isaan cuando se olvidaba de su familia —y a veces sin olvidarse de ella—, lo mismo que para Moyna. Sin embargo, como he contado, esa mirada inesperada de Moyna que no sabía cómo dominar, y él además no estaba acostumbrado, ya que normalmente todo el mundo le sonreía.

Moyna tenía carácter, o estaba tan loca como Isaan, o una de las dos cosas o ambas a la vez…

Se puede tener carácter y estar loco; de hecho, mucha gente famosa posee ambas características.

Y cuando Moyna le ponía una mirada dura, como diciendo «¿Tú quién te crees que eres?», se desataba la ira de los dioses en el mundo paralelo que Isaan tenía, donde se juntaba la realidad y los sueños. Era una intromisión en el cerebro de Isaan; en realidad era como si ambos tuvieran una longitud de onda cerebral que entrara en resonancia, y eso era así. No es que Isaan se sintiese molesto por la mirada dura de Moyna; es que eso cambiaba totalmente la configuración del mundo de Isaan a una escala y con una rapidez inusitada. Isaan podía pasar del cielo al infierno en cuestión de segundos, y es que Moyna era una extensión de su propio cuerpo.

De hecho, en una mañana cualquiera de esos años ochenta, él se encontró a Moyna sentada en el césped de una piscina de una amiga de ambos, y ella, al verle, le miró fríamente, a pesar de que era a Isaan a quien quería ver. Isaan ya pensó de mala hostia: «¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?». Y es que Isaan vivía bastante bien antes de este proceso que estaba pasando con Moyna. Normalmente Moyna no lo hacía, pero cuando te echaba esa mirada de las que se suele decir «si las miradas matasen», Isaan se las tomaba en serio. Y es que Isaan no le estaba haciendo ni puto caso, y él sabía que aquello no era algo bueno; a lo mejor no le hacía ni puto caso por venganza hacia el orgullo que mostraba Moyna.

Y es que cuando todo el mundo estaba contigo en esa movida, riéndose y pasándoselo bien, y alguien te hunde con la mirada, cambia totalmente las cosas; es como si te devolvieran a la cruda realidad.

¡Y más teniendo en cuenta que sus vidas, en sus diferentes pero iguales familias, eran un calvario!

Cuando estaba de humor, Isaan fantaseaba con casarse con Moyna, pero seguía sin poder sacar tiempo para estar con ella; y yo pienso que ella hubiera aceptado.

Pero todo iba a una velocidad vertiginosa, y es que para que dos se junten obviamente tienen que coincidir en el mismo espacio y tiempo, pero la velocidad de ambos tiene que ser igual; si no, se irán separando.

Una noche, al salir de la discoteca, Isaan la llevó a su casa con algunos amigos; incluso la madre de Isaan la conoció.

Así iba pasando el tiempo…

Una de las siguientes noches pasó algo inexplicable: Isaan venía de una fiesta con sus ojos verdes abiertos, las pupilas dilatadas; había tomado estupefacientes. El padre de Isaan le dio un calmante que, sin ser médico, le mandó tomar.

Isaan lo tomó, se acostó y le explotó la cabeza; ya tenía la bomba atómica dentro de la cabeza, en la habitación del ático de su familia, desde donde divisaba toda la ciudad con sus luces y sombras.

¡Era increíble! Isaan había pasado de ser quien era a formar parte de una pieza más en el sistema represor; ahora ya no solo del aparato represor de su familia, sino de toda la sociedad.

Al día siguiente se levantó tranquilo, pero pasó algo inesperado, aunque se venía venir dado el carácter dictatorial del padre de Isaan: esa mañana le encerró en un psiquiátrico. Aunque al principio a Isaan le pareció un juego más estar allí, estar entre muros más gruesos que los de su colegio, no poder seguir teniendo la vida que tenía y, de hecho, la posibilidad de no ver a Moyna —a lo mejor nunca más— le produjo una experiencia tan traumática que casi enloqueció. Y es que había gente muy rara. Estaba cansado; ya no podía traspasar el muro grueso que le separaba de la libertad, y es que eso era peor que la cárcel: ya no podía derribar el muro como hacía antes. De hecho, tuvo miedo; podía ser que estuviera allí toda la vida sin salir o morir intentando una escapada. Vio aquellos muros pintados de blanco donde había gente que llevaba años allí; pensó que todo acabaría entre él y Moyna y que esto era un proceso irreversible y que no se podía hacer nada para revertir la situación. Olvidó ese mundo psiquiátrico de gente casi sin esperanza de salvación y se quedó dormido en su habitación.

A la mañana siguiente ya estaba pensando cómo dejar atrás ese muro que le habían puesto por la cara, pero otra vez le pillaban y para dentro, y al día siguiente a planear otra escapada. De hecho, Isaan pudo haber muerto en alguna de sus huidas, y es que en una ocasión se tiró de un cuarto piso para salir de ahí; de hecho, si no murió es que en el fondo tenía suerte.

Isaan ya sabía que esto pasaría de una u otra manera; en los días anteriores ya tenía miedo de cuál sería la reacción de su padre. Unos días antes, estando con Moyna, vio hambre en los ojos de ella, hambre por seguir en el mundo fuera de los convencionalismos, y entonces Isaan se dio cuenta de lo que ella quería: era vivir la vida en libertad; en cierta manera, lo que había hecho Isaan antes de caer, tener una especie de garra de terciopelo con la que la respetaran. Isaan se había bajado de ese tren, algo que Moyna no le perdonaría. Moyna había estado con él porque en esos momentos eran cómplices de la misma misión, pero Isaan ya tenía la soga en el cuello; el tiempo se había parado y apenas tenía un plan para afrontar la situación, aunque él no creía que la bifurcación que iba a producirse entre los caminos de ambos —y de forma general con la vida y personas con las que había convivido hasta entonces— iba a ser tan drástica. No tenía fuerzas para parar lo que se le venía encima y lo dejó un poco en manos del azar.

¿O era el azar el que había jugado con ellos juntándoles, y ahora quería separarlos a toda costa?

Sin embargo, él intuía que Moyna debía tener una vida interior parecida a la de Isaan, aunque ahora ella fuera de valiente. Y es que lo normal es que a la gente le guste estar con personas de parecida vida interior, y Moyna, aunque lo ocultase ahora, debía coincidir en cosas como las que le estaban pasando a Isaan, aunque ella lo ocultase; pero ahora ella iba más rápido que Isaan.

Como le había dicho un compañero de colegio días antes, en forma un poco de broma: «Isaan, estás acabado». Y es que a veces estás acabado y otras arriba. «C'est la vie».

Por decirlo de alguna manera, en esos momentos cayó la bomba atómica cerca de Isaan, como si hubiera habido un cambio radical en todo su entorno, convirtiéndolo en tierra desolada. Moyna tuvo más suerte y, aunque curiosamente se podía decir que había acabado una época de forma traumática, siempre quedaba esperanza para que se revirtiera la situación.

Isaan había perdido la amistad de sus antiguos amigos y se había granjeado nuevos enemigos; con Moyna estaba en tierra de nadie. Estuvieron un tiempo sin verse y casualmente se encontraron una vez en una cafetería, muy cerca de la heladería donde se habían conocido, a la que antes Isaan iba de vez en cuando a desayunar con sus amigos cuando no tenía ganas de ir al colegio. Isaan iba a salir de aquella cafetería, donde todavía le retumbaban los ecos de aquellos años anteriores, y oyó un grito desgarrador: era Moyna, que había gritado «¡Isaan!». Él se quedó estupefacto; ella seguía igual o más guapa y él estaba destrozado. Isaan miró hacia atrás —algo poco habitual en él—; la voz era dulce, pero las circunstancias habían cambiado: ya nada era igual. Se saludaron y, después de unos instantes, se despidieron, como si no hubiera habido nada antes, como si fuera un proceso irreversible en el que se encontraban ahora.

Moyna sabía lo que había pasado con Isaan; se lo habían contado terceros de tal o cual manera, y el camino de los dos se bifurcó de una manera tan fácil como de la misma manera que se había juntado.

Pero, sin embargo, Moyna no le humillaba por estar en una posición mejor; ella probablemente estaba pasando por algo parecido.

Isaan empezó a trabajar en uno de los negocios familiares, que económicamente iban viento en popa; sin embargo, él se dedicaba a descargar los camiones que llegaban con las mercancías y recibía poco dinero por ello.

Él trabajaba duro y la gente no comprendía que alguien con un padre rico trabajara. Los mismos cantamañanas que acabarían en la cuneta tampoco se lo explicaban.

La situación de Isaan era de un total desapego hacia todo, en parte porque él y su familia tenían patrimonio.

En principio había un poco de buen rollo e Isaan intentaba mejorar su imagen con su padre y sus socios trabajando, y quién mejor que el hijo del dueño para manejar los entresijos que movían las partes menos deseadas del trabajo de la empresa.

Él seguía pensando en Moyna, pero todas las imágenes anteriores se iban difuminando poco a poco con el tiempo; a la vez se iba deteriorando poco a poco la imagen que él tenía de su padre y de sus socios, ya que él veía que estos solo iban buscando su propio interés.

Aunque es cierto que durante la estancia de Isaan en la empresa familiar esta progresó y dio pingües beneficios. Isaan empezaba poco a poco a desinteresarse por el trabajo y a sabotear algunas cosas que él consideraba injustas.

Con el paso de los años, Isaan se había olvidado bastante de Moyna, y además no creía en el equipo de la empresa familiar, ya que consideraba que era algo donde no le iban a dejar progresar y que era un proceso irreversible hacia el lado negativo en su propio desarrollo personal.

Sin embargo, cuando fugazmente le volvía el recuerdo de Moyna, su conciencia le daba un tirón de orejas, como diciendo: «Moyna no va a ser nunca tuya, pero no debes olvidarla», algo tan sin sentido como la vida misma.

Isaan tenía mucho coco y comenzó a estudiar Ciencias Matemáticas, escaqueándose lo más posible de su trabajo. Él era inteligente; no le cabía duda a nadie en la Facultad, y a pesar de que en los primeros años se enteraba más bien poco de las cosas, como todos sus compañeros, con el paso de los años iba consiguiendo una destreza en resolver problemas propia de una mente privilegiada. Ya ni siquiera se acordaba de Moyna y a veces se le pasaba su recuerdo por su mente tan fugazmente que casi no era posible ni catalogarlo de recuerdo, pero su conciencia no era capaz de aceptar esto; y lo que reclamaba la conciencia interior de Isaan era tan simple o difícil como estar separados, pero sin olvidarse de ella.

Ante este panorama tan desolador, Isaan se pasaba el día resolviendo problemas y vacilando a los de letras, a los que consideraba inferiores.

En la Facultad se lo pasaba bien y le dejaban vacilar; me imagino que porque era inteligente. De hecho, ahora solo tenía la inteligencia para salir adelante; su coco era su más preciada posesión.

Cuando iba a acabar sus estudios —que de hecho le granjearon ciertas amistades de por vida, pero que el tiempo se ocupó de separar—, él iba a lo que iba y no encontró nadie que le atara tanto el pensamiento como Moyna. Entonces

pasó una cosa que, a pesar de ser inesperada, no lo era tanto para él, ya que con su actitud había propiciado en cierta manera algo que era lo que él deseaba: era el fin de la empresa familiar donde él trabajaba.

Las rachas buenas y malas vienen y van, y hay que ser consciente de cuándo retirarte; eso lo sabe hasta un mediocre jugador de póker.

«Hay que retirarte cuando vas ganando, porque cuando vas perdiendo puede ser demasiado tarde».

El socio de su padre era un cantamañanas; estaba todo el día al teléfono creyéndose imprescindible, y el pobre, más que imprescindible, era prescindible.

Se hacía el gracioso con Isaan, como si estuviese a la altura de Isaan, y el pobre se creía un triunfador a pesar de ser un pobre desgraciado que, al cerrar la empresa por el motivo de haber quitado a esta una distribución en exclusiva de una importante marca, se vio en las semanas siguientes sin la entrada de los importantes recursos económicos de los que le proveía la empresa. Y es que el espabilado se creía que los buenos negocios duraban eternamente. El padre de Isaan se había retirado a tiempo —una retirada a tiempo es una victoria—, pero el socio era un chaval de barrio que solo se preocupaba de verlas venir y ni siquiera se daba cuenta de que el padre de Isaan tenía ya ochenta años.

El chavalete se creía que el padre de Isaan le quería como un hijo y que iba a estar trabajando para él con noventa años. ¿Cómo se podía ser tan gilipollas?

En estas circunstancias, días antes del cierre de la empresa, el empleado que debía creerse un mago de las finanzas solo se le ocurrió comprar una casa de un millón de euros que en los siguientes meses solo valía quinientos mil euros. No le aguantaba ni su mujer, y menos desde que el pobre no tenía dinero; su mujer pidió la mitad de los bienes de ambos, que en la práctica era la casa por la que habían pagado un millón de euros y que con la crisis había bajado repentinamente a quinientos mil euros. Su mujer incluso salió en Sálvame ofreciéndose como modelo para salir como portada en Interviú; también dijo que no se acostaría con nadie por dinero en la propia televisión, lo que ya deja entrever cuáles son sus hábitos morales. Ella era una paleta que había tenido suerte, solo por el hecho de que el padre de Isaan cogió a su marido como socio. Salió en Sálvame, ya que esta mujer jugaba al pádel con Kiko Matamores, como una nueva rica que quería aparentar.

La situación de esta familia llegó a ser tan caótica de la noche a la mañana que incluso sus hijas, que se creían que su padre era jefe y no el empleado, no pudieron volver al colegio de pago donde estaban sus amigos.

Entonces Isaan pensó que con sus actuaciones podía llegar a manejar procesos tan irreversibles como estos, donde se produjo una historia como en el caso de la Cenicienta, pero esta vez en un entorno real cercano a él.

Isaan tenía más de dos neuronas y no era de recibo no darse cuenta de que el dueño de la empresa, o sea su padre, no podría seguir con el mismo ritmo a los noventa años que con cincuenta.

Y es que el empleado era muy mediocre; de hecho, el padre de Isaan se los cogía así, medio analfabetos, para tenerlos dominados. Y es que pensar que la vida de esa empresa era eterna no podía caber más que en la cabeza de alguien muy mediocre.

Además, Isaan tenía poder; había movido muchos entresijos en la sociedad madrileña y había muchos intereses ocultos a los que les interesaba que él estuviese arriba, y más con un padre que era bastante importante, aunque él no tuviese apenas relación con él.

Por entonces ocurrió algo que cambió las cosas: murió su querida madre, que había sido su único apoyo en este infierno; y además acabó su carrera de Ciencias Matemáticas, algo de lo que Isaan estaba muy orgulloso. Su principal orgullo era su inteligencia; era su posesión más querida; ni siquiera tenía interés en tener demasiadas posesiones.

Su madre murió en unas fechas tan marcadas como la Semana Santa y, como regalo, dejó a cada uno de sus hijos un millón de euros.

Isaan se decidió a vivir la vida, incluso sabiendo que este era un proceso irreversible en cuanto que el dinero que se gastaba alegremente no era un proceso reversible y no volvería a su cuenta corriente.

Él vivía muy bien ahora; era rico y su anciano padre, al que él no veía ahora, era mucho más rico, lo que le reportaría en el futuro una suculenta herencia.

De hecho, hubo algunos rifirrafes con su padre e incluso juicios, ya que Isaan pretendía recibir más dinero por algunos conceptos que estaban claros para él.

Isaan ya se había olvidado de Moyna hacía ya unos años, pero un día se levantó de la cama, se le encendió una luz y la recordó. Su cerebro no le permitía olvidarse de ella, aunque ahora no tenía ni idea de dónde podía estar. La buscó en Facebook y la encontró después de un par de horas de búsqueda, aunque notó cosas raras; ella vivía en Katmandú como una hippy y las fotos que ponía estaban difuminadas.

Él pensó que si no hubiera habido internet no la habría encontrado. En el impasse de tiempo entre el que se escribían por internet, Isaan escribió su primer libro de Matemáticas; otra luz se le había encendido otra vez.

A los tres meses de esta relación virtual consiguió una cita con ella… Moyna tenía un aspecto demacrado, por decirlo de alguna manera. Ella estaba ahora como cuando le explotó la bomba en la cabeza a Isaan con diecisiete años; ya no era la atractiva chica de sus sueños, e Isaan tenía una mente totalmente matemática, lejos de las fiestas mágicas de sus veranos de adolescentes.

Era febrero en Katmandú y hacía frío. Al principio el encuentro fue muy emotivo; ambos fueron a comer a un restaurante en un distrito residencial pero aburrido. Tomaron vino, salieron a la terraza, fumaron tranquilamente —ella tabaco de liar y él sus cigarrillos de siempre— y al despedirse se dieron un emotivo abrazo.

Al día siguiente le propuso ir a un hotel a disfrutar de un baño de aguas termales, pero ella no quiso.

Y es que algo había pasado al día siguiente, algo que también había pasado en sus primeros encuentros: Moyna, después de un bonito encuentro, volvió a tener la mirada fría hacia Isaan. Quizás algo le decía a ella que no fuera con Isaan, aunque siguiera acordándose de él; muy parecido a lo que le había pasado a Isaan, pero veinte años después. Él la llamó y ella no contestaba; después de vagar sin rumbo por las calles de Katmandú, la encontró en un parque con su hijo. Ya era de noche y había una gran luna llena; ella se fue escapando de él hasta desaparecer. Aunque se habían saludado, era solo una muestra de cortesía. Isaan se fue más jodido que contento, pero pensando cínicamente: «La felicidad es la última persona que encuentras a la luz de la luna».

Parecía ya un proceso totalmente irreversible el de su relación. Isaan intentó reconducir la situación, pero no funcionaba; él tenía una mente centrada en las Matemáticas y ella no tenía la imagen que tenía antes, algo quizás propiciado quién sabe por qué o por quién. Él comprendía muy bien lo que era un proceso reversible en física, ya que había sido muy bueno en la asignatura donde se impartía. Un proceso reversible es algo que lentamente puede volver a su situación original; una bomba que haga explotar un edificio no es un proceso reversible, ya que espontáneamente el edificio no se reconstruiría solo. Pero en la vida, si vamos recomponiendo nuestros errores haciendo justamente lo contrario a nuestros errores, podemos volver a una situación anterior que anhelábamos, pensó.

La mirada fría de Moyna en el último encuentro volvió a desencadenar la ira en el mundo de los dioses de Isaan.

Isaan tiró para adelante, aunque no podía quitársela de la cabeza.

Había algo que parecía claro, teniendo en cuenta las acciones de ambos: era como si ambos no debieran vivir juntos, pero sin olvidarse; algo así como un amor moderno, vivir cada uno su vida pero con una luz de afecto que lo hiciera más llevadero.

Isaan ahora solo tenía que preocuparse de administrar el dinero que tenía y que iba a tener, pero después de la última mirada fría de Moyna tuvo una mala racha en bolsa que casi le arruina. Y es que la seguridad económica no es tal.

Hay que ser idiota para estar seguro de algo que solo depende de probabilidades. De hecho, Moyna pensaba así; ella sabía muy bien que las probabilidades no son certezas, y quien crea que sabe la verdad al cien por cien no sabe de qué habla. Además, el padre de Moyna también era matemático y daba clases de probabilidad; quizás eso a ella le hacía alejarse de las certezas.

Isaan seguía con su libro, que cada vez era más leído, y además ayudaba a la gente a sentirse mejor físicamente. Era un libro entre ejercicio y teoría, algo así como el mantra de los libros. Él se reía cuando pensaba esto. Obviamente no le iban a dar el premio Nobel por el libro, pero era un buen libro.

En definitiva, Isaan y Moyna se aguantaban, pero no aguantaban estar cerca; era como tenerse pero no tenerse.

Isaan, cansado de esta situación, se fue a Marrakech, un lugar para meditar sobre nuevos libros y jugar al póker. Jugar al póker es tomar decisiones más rápidas que lentas, tener ciertas reservas para aguantar las malas rachas, usar la cabeza e imaginarse lo inimaginable para llevarse las manos, y él se las llevaba.

En definitiva, era ser listo. De hecho, él ahora era muy listo y vivía a costa del casino; incluso las ganancias le permitían ahorrar.

Así estuvo un año entero ganando y viviendo como un duque. Cuando cumplió el año, decidió retirarse, no fuera que le fuera a pasar como al gandul del socio de su padre, que se creía que las buenas rachas eran eternas.

En esa situación conoció a Ahmad, un empresario hostelero de Marrakech, que le propuso invertir en un negocio de hostelería.

Isaan, cansado de la vida que llevaba en el casino, y viendo que podía seguir jugando esporádicamente en algún viaje, en algún casino de cualquier parte del mundo, se dio cuenta de que con todo lo aprendido en el negocio familiar, y si corregía los errores e incluso los compensaba con decisiones totalmente opuestas en el buen sentido, la empresa funcionaría mejor. Y eso empezó a ocurrir: el negocio poco a poco iba a mejor e Isaan se convirtió en un empresario.

Y que funcionara ese negocio era la mejor forma que había para que Isaan sentase la cabeza, algo de lo que se estaba ocupando Ahmad. Entre estos cambios de rollo, Isaan se dio cuenta de que llevaba ya cuatro años sin ver a Moyna y decidió ir a Katmandú. Urdió una situación donde un comprador debía quedar con ella, ofreciéndole dinero por unas joyas que ella poseía.

Ella vivía alejada de todo entorno megalourbano y el comprador quedó con ella cerca de un bosque de palmeras paradisíaco; al momento aparecieron Isaan y Ahmad. A pesar de que era a todas luces una treta, ella no puso una mala mirada y, de hecho, Isaan conoció a su segundo hijo.

A pesar de que la situación, a priori, podía considerarse como tensa en este encuentro, la ira de los dioses cuando se produjo el encuentro con ella cesó, y de hecho los siguientes meses fueron de una tranquilidad inusitada: su negocio funcionaba, se avecinaba un reparto del patrimonio familiar y la vida de Isaan era más estable. Isaan se dio cuenta enseguida de que aquello había revertido la situación; sea como fuere, este encuentro que se podía considerar como más chapucero había cambiado la situación.

Por entonces Moyna andaba con un desecho humano, un amigo de cuando ella tenía veinte años que, sin oficio ni beneficio, intentaba vivir de la carnaza que le daba Moyna.

Este hombrecito vio a Isaan en ese encuentro, le miró mal, como malhumorado, y enseguida se dio cuenta de que no podía competir con Isaan. Poco después de este encuentro entre Isaan y Moyna, salió del mapa.

Era curioso cómo el mundo que manejaban los dioses había aceptado ese encuentro y propiciaba que las vidas de ambos mejoraran.

También era de risa que, ya siendo mayores, se hubieran visto tan pocas veces en esta vida.

La relación con su socio era inmejorable; Isaan le quería. Y algo que nunca olvidaría de Ahmad es que le ayudó a encontrar a su alma gemela.

A pesar de que Ahmad e Isaan eran un poco homófobos, se podía decir que estaban enamorados. Había mujeres de vez en cuando, póker en algún casino nuevo de alguna ciudad en la que hubieran recalado en algún viaje, un negocio, y de hecho la relación virtual con Moyna era aceptada y bien vista por los dioses que regían su destino y sus sueños.

Isaan se despertó un día y se dio cuenta de que estaba más cerca de cumplir los cincuenta que de cumplir los cuarenta. Moyna estaba en parecida situación, e Isaan también se dio cuenta de que llevaban unos tres meses de tregua después de una vida en la que se habían declarado una guerra mental desde la adolescencia.

Repasando su vida, Isaan ya había tenido una idea propia: había conseguido establecer una relación entre la física y el cuerpo humano, justo antes de su primer reencuentro con Moyna.

Quizás era una idea ligada a su pasado como defensa, quizás una idea proveniente de la lectura de otros autores de física, o quizás algo que Moyna le había inspirado.

La cuestión es que el deporte y la física siempre se entrelazaron en su vida. Como aquel chiste sobre Einstein y su mujer en la noche de bodas, cuando ella dice al verle: «¡Vaya físico!».

No era una fórmula física nueva; más bien era una aplicación de la ingeniería aplicada al cuerpo humano, pero eso le proporcionaba un respeto. Isaan tenía claro que en esta vida te podían quitar todo excepto el copyright de una idea, y eso le abría bastantes puertas. Moyna, sin embargo, no se adentraba en cuestiones matemáticas, aunque le interesaban; sin embargo, era una madre excelente. A pesar de que a veces se hacía la dura, era una romántica de libro, y en el fondo tenía esa idea ancestral de que las niñas lo que tienen que ser de mayores es madres. De la misma manera, Moyna no tenía nada; tenía a sus hijos, pero eso se lo podían quitar, como le quitan la vida a un indigente en cualquier poblado de Colombia o Ecuador, y eso le hacía vulnerable.

En cierta manera tenía a Isaan, pero ¿qué pasaría si muriera…?

En el plano material, ambos tenían un desapego total hacia tener posesiones importantes; estaban cansados de ese esquema de vida, y encima no les gustaba ese tipo de vida por lo incómoda que era. Sin embargo, ambos tenían claro qué querían hacer: Isaan, seguir con sus negocios, de vez en cuando jugar al póker y seguir escribiendo libros de física sin la intención de hacerse rico; y Moyna, seguir siendo la madre que era y componer melodías para piano más sublimes si cabe.

Parecía, a priori, que ambos sabían adónde iban, pero ahora en realidad tenían un montón de interrogantes. Empezaban a hacer balance de su vida; les venían recuerdos de diferentes etapas, y en el fondo una inmensa paz después de haber estado luchando el uno contra el otro toda una vida. De la misma manera que Isaan y su padre habían estado luchando, y ahora este pretendía arreglar un poco las cosas, ya que él veía que su muerte era inminente. Isaan le perdonó, ya que en el fondo tenía grandeza de miras, pero también pensó: «Tarde, mal y nunca».

A pesar de tener grandeza de miras, Isaan se regocijaba de la suerte de los socios —o mejor dicho, empleados— de su padre, que en su día le miraban por encima del hombro como en el cuento de la Cenicienta. La vida a veces no es un cuento, e Isaan se reía a carcajada limpia cuando recordaba que uno de ellos le dijo en su día que no le importaría que el padre de Isaan le incluyera en su testamento. Isaan pensaba cómo la gente podía ser tan idiota. El pobre había acabado vendiendo latas de aceite por las gasolineras, y a lo mejor el pobre desgraciado todavía le estaba dando vueltas a la cabeza por si estuviera incluido en el testamento del padre de Isaan.

Isaan tenía dos ambiciones: una era la economía y la otra la física. El tiempo en física es una variable, como puede ser adelgazar; es decir, se puede decir «he comido cinco manzanas para engordar un kilo», como se puede decir «he gastado unas horas para coger un avión hacia Katmandú»; podemos utilizarlo de diferentes maneras, pero eso de

controlarlo es una palabra que no tiene sentido: va hacia adelante, e Isaan veía que su tiempo con Moyna estaba desapareciendo. Quizás dedicándole tiempo se recompondría la relación, y es que Isaan no podía quitársela de la cabeza.

Si dos personas se ven en una estación de tren, no vale decir que se vieron sin más; se necesita la información sobre a qué hora se vieron o qué día. Si se vieron un lunes no es lo mismo que si se hubieran visto el miércoles; todo cambia si fue un día u otro.

Aunque parezca mentira, para que se vean dos personas no basta con que vayan caminando y se encuentren: sus tiempos tienen que ir en la misma dirección. Es algo tan intrínseco como la tierra que pisamos; es la cuarta variable del espacio en tres dimensiones.

Otra canción de un grupo que Isaan oía era «La evolución de las costumbres». Las costumbres tienden a cambiar con el tiempo y la gente está obsesionada con esto; quieren controlar el tiempo. Lo que estaba claro es que el tiempo no lo puede controlar nadie; es como controlar un átomo o un árbol: ambas cosas no se pueden controlar, te pueden servir para tus propósitos, pero son objetos que están ahí y no se controlan.

Isaan pensó: «El tiempo es como un coche; nos puede juntar o separar, como nos juntó a Moyna y a mí ahora, o como nos separó en los años ochenta; es una variable más del espacio».

De hecho, si Isaan y Moyna no se habían visto mucho no era porque vivieran en lugares diferentes —un avión a Katmandú tarda nueve horas—, era porque los dos tenían tiempos que no coincidían. El tiempo es algo intrínseco de cada ser vivo, ya sea una persona o un árbol; es una ligadura, como nuestras coordenadas espaciales, e influye mucho en nuestra vida. Es algo así como parte de nuestro propio destino; se puede usar de diferentes maneras, pero no controlarlo para que se pare en nuestros momentos preferidos.

Si usamos el tiempo de forma diferente, cambiamos todo nuestro entorno radicalmente: desde nuestras relaciones hasta cualquier otro aspecto de nuestra vida.

Isaan comprendió entonces que, si quería mejorar su relación con Moyna, debía dedicarle tiempo; esa era la cuestión.

Dedicar tiempo a ciertas cosas es importante; sirve para restañar tus heridas, como para tener vivos tus sueños.

Era obvio que a estas alturas de la vida ya se piensa en la muerte, y si había un más allá, ¿estarían ambos juntos? Y si no, ¿cuál era el objeto de esta vida?

Isaan pensaba si, después de muertos, se encontrarían, o estarían en diferentes coordenadas de tiempo y espacio, como prácticamente habían estado hasta ahora.

Que Isaan dedicara tiempo a Moyna era algo arriesgado, no porque el tiempo estuviera malgastado —lo que es una tontería; no hay tiempo malgastado, y menos si se dedica a otra persona—, sino porque implica que esas personas están conviviendo de una forma muy íntima.

De hecho, no dedicarle tiempo a una persona es como vivir al lado de ella pero no verse. Es como una pared que divide dos habitaciones contiguas.

Era curioso cómo cuando estaban bien, mucho tiempo atrás, Moyna estuviera interesada en él debido a sus ansias de ser libre y escapar de aquella red que le apretaba por todos lados, y que Isaan estuviera enamorado de ella, pero con el corazón y la cabeza en otra parte, no prestándole atención a la llamada de su propio corazón.

Y ahora que ambos no tenían nada, se interesaban el uno por el otro. Tampoco sé por qué extraña razón, y es que la vida es muy complicada; el que diga lo contrario miente. Bueno, la verdad es que nadie miente; a lo mejor es el instinto de supervivencia, o a lo mejor es que la solución es fácil pero el camino tortuoso.

Lo único que sé es que ella y él se estaban ayudando mutuamente, y es que hay muchas formas de ayudarse: una sonrisa a tiempo puede prevenir un cáncer, pensar en alguien le puede aliviar sus tristezas. Y aunque siguieran estando en diferentes lugares de la maraña espacio-tiempo… siempre había espacio para una sonrisa pensando en lo que habían vivido.

Isaan y Moyna: Comentario de un Proceso histórico-sentimental, siglos XX-XXI

Cabe señalar, antes de entrar en materia, que la relación entre Isaan y Moyna debe entenderse no como un hecho aislado, sino como un proceso de largo recorrido, con sus fases de expansión, contención y reflujo, de manera no muy distinta a como los grandes movimientos de pueblos o de corrientes religiosas se expanden, encuentran su Poitiers particular, y luego se reorganizan en reinos de Taifas internos antes de cualquier reconquista emocional.

En una primera etapa, que podríamos llamar la era hispánica de ambos —es decir, el periodo en que cada uno pertenecía todavía a un imperio mayor, el de sus respectivas familias, con sus propios curas, monjas y economistas de poca sensibilidad que ejercían de auténtica dinastía Omeya sobre sus vidas—, Isaan y Moyna convivieron separados por un muro, literal y figurado, de unos diez metros de ancho y de mucho tránsito: la famosa autopista de tres carriles de cada lado conocida como la autovía de Toledo.

Este hecho, de gran importancia entre quienes los rodeaban, hizo que durante años amalgamas de amigos y conocidos comunes circularan de un lado a otro de la autopista sin que ninguno de los dos llegara a cruzar la frontera del otro, de modo parecido a como las primeras migraciones de pueblos no siempre desembocan en encuentro, sino simplemente en proximidad sin contacto.

Posteriormente, ya a mediados de los años ochenta —que podríamos situar como el siglo VII particular de esta historia, el momento de expansión rápida e irreversible, en donde ya todos se conocían—, se produjo el primer encuentro, cerca de aquella misma autopista que durante una década los había separado. Este hecho, de una importancia capital para el devenir de ambos, marcó el inicio de una islamización profunda del territorio emocional de Isaan, aunque, como suele ocurrir en estos procesos, con una relativa tolerancia hacia los habitantes ya asentados en su corazón: las amigas, los equipos de fútbol, las noches de la Movida.

En estos devenires del destino, la relación de Isaan y Moyna se trasladó también a un territorio periférico y final: Valdemorillo. Allí, en un distrito residencial frío de febrero, se produjo el primer gran encuentro, que no tuvo la grandiosidad arquitectónica de una mezquita de Córdoba, pero sí su propia «construcción admirable», aunque más humilde: una cena, un vino, una terraza, un abrazo. Y, como ocurre con tantos procesos históricos que parecen prometer una reconquista definitiva, al día siguiente todo volvió a descomponerse, con la mirada fría de Moyna actuando como esos «reinos de Taifas» que debilitan cualquier avance previo.

No obstante, como bien recoge la tradición humanista —de la que Isaan, sin saberlo, era un discípulo tardío, igual que Boccaccio lo fue de Petrarca y Maquiavelo, o viceversa—, incluso de la mayor devastación puede surgir una corriente nueva. Así como la peste de 1348 fue, paradójicamente, motor del Humanismo, así también el segundo desencuentro en la misma bodeguilla de San Antón, lejos de ser el final, propició —algunos meses después y mediante una estratagema que cualquier equipo docente calificaría de «poco

ortodoxa pero efectiva»— vino el tercer encuentro, esta vez junto a un bosque de palmeras, con Ahmad como discreto Carlomagno que organiza el terreno sin aparecer en primer plano.

Este tercer encuentro tuvo algo de aquella luz tenue sin origen aparente que ilumina el espacio entre dos personas sin señalar ningún camino: no resolvió nada, no llevó a ningún destino concreto, pero tampoco se apagó del todo. Y es que, como todo buen comentario de texto debe señalar, no siempre el valor de un documento está en lo que afirma de manera explícita, sino en lo que permite entrever entre líneas: en este caso, que Isaan y Moyna, tras casi tres años de eras, marcas y reinos sucesivos, habían llegado a una especie de tregua de tres meses, la primera de su historia compartida que no terminó en mirada fría ni en bomba atómica craneal.

Cabe concluir, por tanto, que la relación entre Isaan y Moyna no debe valorarse como un éxito o un fracaso —categorías demasiado simples para un proceso de esta complejidad—, sino como un fenómeno de larga duración, con sus expansiones, sus frenos, sus reorganizaciones internas y, finalmente, su pequeño espacio de luz: no muy distinto, en el fondo, de cómo una corriente filosófica nacida de la devastación puede acabar, siglos después, enseñándonos algo sobre comprender al ser humano íntegramente, y no solo desde una perspectiva, sino como un todo, que los llevó a vivir juntos.

Cabe señalar que entre el tercer encuentro —ese junto al bosque de palmeras, con Ahmad ejerciendo de Carlomagno discreto— y la tregua de tres meses que el relato principal describe como «la primera de su historia compartida que no

terminó en mirada fría ni en bomba atómica craneal», transcurrió un periodo que los documentos de la época registran con notable escasez de detalles, lo cual es en sí mismo un dato significativo: cuando los archivos callan, suele ser porque quienes los generan han decidido, tácita o explícitamente, no dejar constancia. Y la decisión de no dejar constancia es, como todo historiador sabe, una forma activa de gestión del pasado.

Este periodo, que podríamos situar cronológicamente entre el otoño del tercer encuentro y la primavera en que comenzó la tregua, tuvo las características propias de lo que en historia política se denomina una fase de contención activa: es decir, una situación en que las partes no están en guerra abierta, pero tampoco en paz real, sino en ese estado intermedio en que cada una dedica una parte significativa de su energía a no hacer lo que querría hacer, lo cual es, energéticamente hablando, bastante más costoso que hacer cualquier otra cosa.

En el caso de Isaan, esta contención adoptó la forma de lo que él mismo, en una de las pocas ocasiones en que habló del asunto con Ahmad, describió como «no pensar en ello más de lo razonable», definición que cualquier interlocutor medianamente avezado reconocería como la descripción precisa de pensar en ello constantemente pero con pausas. Ahmad, que conocía a Isaan desde antes de que Isaan se conociera a sí mismo en estas materias, no dijo nada, que es la respuesta más útil en estos casos y también la más difícil de dar.

Hubo, en este periodo, un episodio que conviene documentar con cierto detalle porque ilustra con precisión el mecanismo interno de esta fase. Aproximadamente seis semanas después del tercer encuentro, Isaan recibió de Moyna un mensaje breve —cuatro palabras, sin signos de puntuación, del tipo que se manda cuando uno quiere decir algo pero no quiere que parezca que quiere decir algo— que decía simplemente «cómo fue lo tuyo». Lo tuyo se refería, en principio, a un asunto profesional que Isaan había mencionado de pasada en el bosque de palmeras, pero que ninguno de los dos recordaba con suficiente precisión como para que la pregunta tuviera un referente claro. Lo cual era, naturalmente, el punto: la pregunta no era sobre lo tuyo. Era sobre si seguía habiendo línea abierta.

Isaan tardó tres días en responder, no porque no supiera qué decir —lo sabía perfectamente, y lo que sabía era que quería responder inmediatamente y con más de cuatro palabras—, sino porque tres días era el intervalo que, según una aritmética emocional que él nunca había formulado explícitamente pero que aplicaba con notable consistencia, comunicaba interés sin urgencia, presencia sin necesidad. Respondió, finalmente, con ocho palabras y un punto, que era exactamente el doble de las de Moyna más un signo de puntuación, lo cual en términos de balanza diplomática equivalía a una leve inclinación hacia adelante sin comprometer la postura.

El hecho llegó de la manera más improbable, que es como suelen llegar los hechos que luego resultan importantes: a través de un tercero que no sabía que estaba siendo tercero. Una amiga común —de esas que circulaban de un lado a otro de la autopista de Toledo desde los años ochenta sin pertenecer del todo a ninguno de los dos mundos— organizó

una cena a la que invitó, por separado y sin mala intención, tanto a Isaan como a Moyna. Isaan supo antes de llegar que Moyna estaría. Moyna supo antes de llegar que Isaan estaría. Ninguno de los dos dijo nada a la anfitriona, ni canceló, ni preguntó al otro si iba a ir.

Fueron los dos.

Cabe señalar que esta cena no tuvo nada de los encuentros anteriores: no había estratagema, no había Ahmad organizando el terreno, no había bosque de palmeras ni distrito residencial frío de febrero. Había una mesa de ocho personas, dos de las cuales se conocían desde hacía tres años y llevaban aproximadamente cuatro meses en estado de contención activa, sentadas en extremos opuestos de la mesa, hablando con los de al lado con la naturalidad de quien lleva toda la vida practicando la naturalidad en situaciones que no lo son.

En algún momento de la noche —entre el segundo y el tercer vino, que es el intervalo en que la mayoría de las cosas que luego importan tienden a ocurrir—, Moyna dijo algo dirigido a la mesa en general que Isaan supo, sin ninguna duda y sin poder explicar exactamente por qué, que iba dirigido a él. No era una declaración ni una pregunta ni una coordenada: era una observación sobre música —técnicamente, sobre la diferencia entre una pieza que termina y una pieza que simplemente se detiene. Isaan no respondió en ese momento. Esperó a que la conversación de la mesa derivara hacia otro tema y entonces, unos minutos después, dijo algo sobre física que la mayoría de los presentes encontraron razonablemente interesante y que Moyna, al otro extremo de la mesa, recibió con una expresión que no era una sonrisa, pero que tampoco era de ausencia.

Al despedirse, en la puerta, con el grupo disolviéndose en distintas direcciones, Moyna e Isaan coincidieron un momento en la acera. No fue planeado, o al menos ninguno de los dos lo habría descrito como planeado. Moyna dijo algo breve. Isaan dijo algo igualmente breve. Y en ese intercambio de frases que no comprometían a nadie a nada quedó establecido, sin que ninguno de los dos lo declarara, el inicio de lo que el relato principal llama la tregua: ese periodo de tres meses que fue el primero en su historia compartida que no terminó en mirada fría.

Cabe concluir que la contención activa no fue, como podría parecer, un simple preámbulo sin valor propio. Fue el periodo en que ambos aprendieron, por separado y sin coordinarlo, que un sistema puede mantenerse en equilibrio sin que nadie lo sostenga activamente: que basta, a veces, con dejar de empujar en la dirección contraria. Lo cual es, para cualquier sistema —físico, histórico, o de otro tipo—, una forma de progreso tan válida como cualquier otra, aunque considerablemente menos fotogénica.

Allí su relación pendulaba sobre el café de la mañana.

Cabe señalar que el café de la mañana no debe entenderse como un hecho aislado, sino como el resultado de un largo proceso civilizatorio que, no muy distinto a la expansión del Islam por el Mediterráneo occidental, conoció su propia fase de expansión rápida, sus frenos inesperados y sus reinos de Taifas particulares: las distintas cafeteras que han ido sucediéndose en la cocina a lo largo de los años.

En una primera época, que podríamos llamar la era hispánica del café, este se preparaba en una cafetera italiana de aluminio, heredada de una generación anterior, cuyo manejo requería un conocimiento casi iniciático: el agua hasta la rayita, el café sin prensar, el fuego medio. Este objeto, de gran importancia en la vida cotidiana de quien lo poseía, funcionó durante años con una eficacia notable, aunque cabe señalar que, como toda dinastía, acabó mostrando signos de decadencia: el asa se aflojó, la junta de goma se resecó, y los días en que silbaba antes de tiempo se hicieron cada vez más frecuentes, anunciando, sin que nadie quisiera reconocerlo todavía, el fin de una época.

La independencia llegó, como suele ocurrir, no por una revolución sino por una sustitución casi administrativa: la aparición de la cafetera eléctrica de cápsulas, un califato doméstico nuevo que, aunque reconocía cierta deuda con el café de toda la vida —al fin y al cabo, seguía siendo café—, funcionaba con sus propias reglas, su propia «mezquita» de plástico y luces de colores, y sus propios preceptos: no se podía usar cualquier cápsula, solo las de la marca correspondiente, de la misma manera que a ciertas construcciones no se les permitía el uso de campanarios.

Aquí se produjo, sin embargo, algo parecido a una descomposición en reinos de Taifas: en la misma casa convivieron durante un tiempo la cafetera de cápsulas, la cafetera italiana —relegada al fondo de un armario pero no descartada del todo, como esos reinos que sobreviven debilitados pero presentes— y, finalmente, una tercera figura, la cafetera de

goteo, traída de visita por algún familiar y que nunca llegó a integrarse del todo, como esas dinastías periféricas que se instalan en un territorio nuevo sin lograr nunca la legitimidad de las anteriores.

Lo interesante de este proceso, y lo que cualquier comentario de texto debería destacar, es que ninguna de estas transiciones fue completamente pacífica ni completamente violenta: hubo resistencias, hubo nostalgia por el ritual antiguo —el sonido del fuego, el olor durante los minutos de espera—, pero también hubo una aceptación gradual de las ventajas evidentes de lo nuevo: la rapidez, la limpieza, la ausencia de quemaduras en los dedos al sacar la cafetera del fuego.

Cabe concluir, por tanto, que el café de la mañana, lejos de ser un gesto trivial y repetitivo, es en realidad un pequeño monumento a los procesos históricos en miniatura: expansión, freno, reorganización y, finalmente, una cierta paz doméstica en la que las distintas cafeteras, como las distintas tradiciones que conviven en un mismo territorio tras siglos de tensiones, acaban encontrando —cada una en su rincón del armario— un lugar desde el que seguir formando parte, aunque sea silenciosamente, de la vida de quien las posee.

Conviene retomar el relato justo donde lo habíamos dejado, es decir, en ese periodo de tregua de tres meses que, como toda tregua que se precie, no estaba firmada por nadie ni tenía artículos redactados, pero que ambos respetaban con la disciplina silenciosa de quien teme que un solo gesto en falso reabra un frente que ha costado diez años cerrar.

Durante este periodo, Isaan, instalado ya en una vida de cierta estabilidad —el negocio con Ahmad funcionando como un califato bien administrado, sin las tensiones internas de la antigua empresa familiar—, comenzó a escribir lo que él llamaba, medio en broma, «el segundo libro», una continuación de aquel primer tratado entre la física y el cuerpo humano que tan inesperado éxito le había dado.

Cabe señalar que este segundo libro no surgió de una necesidad económica, ya que Isaan tenía un desapego total hacia las posesiones materiales, sino de algo más parecido a lo que en términos historiográficos podríamos llamar «voluntad de dejar constancia»: la sensación de que ciertos procesos, aunque irreversibles, merecen ser documentados para que alguien, en el futuro, pueda entenderlos.

Por entonces, y después de que se pasaran los primeros vapores, ya se habían separado.

En paralelo, Moyna seguía componiendo aquellas melodías para piano que, según le había contado a Isaan en uno de sus escasos intercambios intelectuales, nunca terminaban del todo. Resulta significativo este detalle, ya que en él se condensa buena parte del carácter de Moyna: no era que le faltara talento ni constancia, sino que parecía existir en ella una resistencia, casi estructural, a dar por cerrado cualquier proceso. De la misma manera que su relación con Isaan había sido, durante décadas, una sucesión de encuentros sin desenlace, también sus melodías quedaban suspendidas en algún acorde que nunca resolvía, como si ella misma desconfiara de las resoluciones.

Un día —y aquí el relato exige cierta atención al detalle cronológico, ya que de un día a otro pueden cambiar muchas cosas, como bien sabía Isaan desde aquella noche en que un calmante mal recetado le hizo explotar la cabeza— Moyna le envió, sin previo aviso, un archivo de audio. No era una melodía terminada, sino apenas un minuto y medio de piano, repetitivo, casi obsesivo, que Isaan escuchó varias veces sin saber bien qué hacer con ello. No había mensaje, no había explicación. Solo el archivo.

Isaan, que entendía de procesos reversibles e irreversibles mejor que la mayoría de la gente, comprendió que aquello era, en cierto modo, una pregunta. No una pregunta formulada con palabras, que es como suelen formularse las preguntas que esperan respuestas claras, sino una pregunta del tipo que solo admite, como respuesta, otra pieza del mismo tipo: algo no resuelto, ofrecido a cambio de algo no resuelto.

Y entonces hizo algo que no había hecho nunca en diez años de relación intermitente: en lugar de escribir, en lugar de llamar, en lugar de urdir una estratagema con Ahmad como había hecho en Valdemorillo la primera vez, se sentó, abrió el ordenador y compuso —él, que no sabía tocar ningún instrumento, pero que tenía su libro, su coco, su inteligencia como posesión más preciada— un pequeño esquema, una especie de partitura conceptual, en la que explicaba, con la notación que mejor conocía, la de la física, cómo aquella melodía de Moyna podía entenderse como un sistema oscilante que buscaba su frecuencia de resonancia y que, una vez encontrada, no necesitaría ya resolverse, porque la resonancia misma era la resolución.

Le envió aquel documento sin más comentario, de la misma manera que ella le había enviado su minuto y medio de piano.

Pasaron varios días sin respuesta. Cabe señalar que este silencio, en cualquier otro momento de su historia, habría desatado en Isaan la ira de los dioses de su mundo paralelo, esa mezcla de realidad y sueños donde Moyna ejercía, desde siempre, un poder desproporcionado. Pero esta vez no fue así. Isaan, quizás por primera vez, dejó que el silencio existiera sin necesidad de llenarlo, igual que un proceso reversible necesita tiempo para volver, lentamente, a su estado anterior.

Al cabo de una semana, llegó la respuesta: no fueron palabras, sino otro archivo de audio. La misma melodía, ahora dos minutos más larga, y, al final, una nota sostenida que, por primera vez en toda la pieza, se resolvía.

No se sabe si esto cambió algo de manera definitiva, y cualquier intento de afirmar lo contrario caería en ese tipo de certezas absolutas de las que tanto Moyna como su padre matemático siempre habían desconfiado. Lo que sí puede afirmarse, con la prudencia que exige cualquier proceso histórico todavía en curso, es que, por primera vez, ninguno de los dos sintió la necesidad de preguntarse adónde les llevaría aquella luz tenue que flotaba entre ellos. Simplemente, durante un rato, dejaron que siguiera encendida, y se separaron.

Pasaron los años, como suelen pasar, ni deprisa ni despacio, sino con esa velocidad uniforme que solo se percibe al mirar hacia atrás, cuando de repente uno se da cuenta de que entre un hecho y otro han transcurrido más temporadas de las que parecía.

Isaan terminó su segundo libro, que tuvo una acogida más discreta que el primero, lo cual no le importó especialmente, ya que para entonces había comprendido que el éxito de un libro es, igual que el éxito en el póker, una cuestión de rachas que no conviene confundir con certezas. El libro trataba, en esencia, sobre sistemas que oscilan durante mucho tiempo sin resolverse y que, sin embargo, no por ello dejan de funcionar: relojes, péndulos, corazones, y —aunque esto no lo decía explícitamente, por pudor— ciertas relaciones humanas.

Moyna, por su parte, terminó por fin una de sus piezas. No fue la del archivo de audio, sino otra distinta, más breve, que envió a un pequeño festival de música de Villanueva organizado por gente que, como ella, vivía alejada de cualquier circuito reconocible. La pieza no ganó ningún premio, pero alguien la grabó con un teléfono móvil y la subió a internet, donde permaneció con apenas unas decenas de visualizaciones, la mayoría de las cuales —aunque ella nunca lo supo con certeza— correspondían a una misma persona que la veía, de cuando en cuando, desde el anonimato.

Hubo un cuarto encuentro, porque a estas alturas ya era más cansado evitarse que verse; mucho más discreto que los anteriores, sin estratagemas, sin Ahmad de intermediario, sin bosques de palmeras. Fue, simplemente, un viaje que Isaan ya tenía previsto por otros motivos, y que aprovechó para

hacer una escala de dos días en Valdemorillo. Quedaron para comer, en el mismo distrito residencial y aburrido de la vez anterior, aunque esta vez no hacía frío, porque era otra época del año.

Cabe señalar que este encuentro no tuvo nada de extraordinario, y es precisamente en esa falta de extraordinariedad donde reside su importancia histórica: hablaron de sus hijos, de la economía, de música, de física, de gente que ya no estaba —el padre de Isaan había muerto un par de años antes, dejando una herencia que generó los rifirrafes legales esperables, aunque Isaan los resolvió con el mismo desapego con que resolvía todo lo material—. No hubo miradas frías, pero tampoco hubo grandes declaraciones. Simplemente, dos personas que llevaban toda la vida desfasadas en el tiempo y el espacio coincidieron, durante una tarde, en las mismas coordenadas, sin que ninguna fuerza externa —ni la casualidad, ni una estratagema, ni los dioses del mundo paralelo de Isaan— tuviera que intervenir para que ocurriera; y tampoco hubo declaraciones, porque ambos habían aprendido, por separado, que las declaraciones son sobre todo una forma de generar trabajo futuro.

Al despedirse, Moyna soltó la frase que en cualquier relato con pretensiones se subrayaría con cursiva. Moyna le dijo algo que Isaan recordaría durante mucho tiempo, no por lo profundo de la frase, sino por la sencillez con que fue dicha: «La próxima vez no hace falta que sea por trabajo». Isaan dijo que de acuerdo, sabiendo que esa frase no comprometía a nadie a nada, que era exactamente el tipo de promesa que se hace para no tener que hacer una promesa real.

Y así, sin que hubiera necesidad de declararlo, sin discursos ni grandes símbolos, Isaan y Moyna entraron en la última fase de su historia compartida: la fase en la que ya no había nada que demostrarse el uno al otro, ni heridas que restañar con urgencia, ni luces que interpretar buscándoles un destino. Solo quedaba, como en aquella pieza musical, una nota sostenida que ya no necesitaba resolverse en nada más, porque por fin sonaba exactamente como tenía que sonar.

Pasaron los años, que es lo que suelen hacer cuando nadie les pide explicaciones. Isaan terminó su tercer libro, que vendió lo justo para confirmar que el primero había sido un golpe de suerte estadístico y no el inicio de una carrera. Lo aceptó con la elegancia de quien ya sabe que el universo no reparte premios por constancia, solo por errores de cálculo ajenos.

Moyna, fiel a su estilo, terminó por fin una segunda pieza —no por inspiración, sino porque algún plazo administrativo la obligó— y la mandó a un festival de música folclórica tan irrelevante que ni siquiera generó las rencillas habituales entre compositores mediocres. Alguien la grabó con el móvil, la subió a internet, y allí se quedó, acumulando las visualizaciones de las tres personas del mundo a las que les importaba, una de ellas en Marrakech, revisando el contador de visitas con la dedicación de un accionista que vigila una acción que ya sabe que no va a subir.

Hubo, eso sí, una última llamada, varios meses después, que conviene reseñar porque rompió ligeramente el patrón establecido —y todo buen proceso histórico necesita una anomalía final que confirme, por contraste, lo bien asentada que estaba ya la norma—.

Isaan estaba jugando una mano de póker online, de esas que no importan, cuando vio el nombre de Moyna en la pantalla del móvil. Por inercia de cuarenta años, el corazón le dio un golpe que la física de su propio libro habría descrito como «respuesta transitoria de un sistema sobreamortiguado»: es decir, hubo reacción, pero ninguna oscilación posterior. Contestó.

Moyna llamaba para contarle, sin demasiado preámbulo, que se mudaba. No a ningún sitio especialmente lejos ni especialmente cerca, sino simplemente a otro barrio, motivo por el cual —explicó— iba a deshacerse del piano viejo, ese mismo en el que nunca había terminado nada. Le preguntó a Isaan si le parecía buena idea regalarlo o venderlo.

Cabe señalar la ironía de que, de todas las preguntas posibles tras cuarenta años de proceso, la que finalmente formulara Moyna fuera esta, tan desprovista de cualquier carga simbólica que cualquier lector avezado sospecharía que ahí, precisamente ahí, se escondía la verdadera pregunta. Pero no. Isaan, que conocía a Moyna mejor que nadie, supo que no había segunda capa: era, sencillamente, una pregunta sobre un piano.

Le dijo que lo vendiera, que un piano sin terminar nada durante veinte años probablemente agradecería el cambio de aires. Moyna se rió —una risa corta, de las que no comprometen— y dijo que sí, que tenía razón, y colgaron.

No hubo frase final subrayable. No hubo nota sostenida, ni resonancia, ni siquiera silencio significativo: solo el característico pitido de fin de llamada, que es, de todos los sonidos posibles, el menos interesado en significar nada.

Cabe señalar que los periodos más difíciles de documentar para cualquier historiador no son los de conflicto abierto —que generan sus propias fuentes, sus crónicas, sus memoriales de agravios— sino precisamente los periodos de calma administrada, esos intervalos en que nada ocurre de manera suficientemente notable como para merecer registro, pero en que, sin embargo, algo sigue ocurriendo por debajo, con la discreción de las corrientes profundas que no alteran la superficie del mar, pero que desplazan, lentamente, todo lo que flota en ella.

Este fue el carácter del periodo que medió entre el cuarto encuentro en Valdemorillo —ese en que Moyna dijo que la próxima vez no hacía falta que fuera por trabajo— y la llamada del piano: un intervalo de casi dos años que, visto desde fuera, habría parecido una simple ausencia de eventos, pero que cualquier analista medianamente formado reconocería como lo que en realidad era: una fase de sedimentación, de esas que en geología se llaman así precisamente porque nada parece pasar mientras el terreno, por debajo, se reorganiza para siempre.

Durante este periodo, Moyna e Isaan intercambiaron, con una regularidad que ninguno de los dos habría calificado de «regularidad» si se les hubiera preguntado, una serie de mensajes que no llegaban a conversación, pero que tampoco eran del todo silencio. Eran, más bien, lo que en términos diplomáticos podría llamarse «comunicaciones de bajo nivel»: el tipo de intercambio que mantienen dos potencias que han firmado una tregua y que, sin querer reabrir negociaciones formales, necesitan confirmar periódicamente que el otro sigue existiendo y que el tratado, aunque no firmado por nadie, sigue en vigor.

Estos mensajes tenían la particularidad de referirse siempre a terceros. Nunca a ellos mismos, nunca a lo que había ocurrido entre ambos, sino a noticias del mundo exterior que el uno consideraba que el otro debería conocer: un artículo sobre acústica que Moyna le mandó a Isaan porque había una fórmula que le recordó a su libro, aunque la fórmula en cuestión era bastante estándar y probablemente no le recordaba a nada específico, sino que era, simplemente, una excusa estructuralmente válida. Un resultado de póker que Isaan le describió a Moyna en tres líneas, no porque el resultado fuera especialmente relevante —no lo era—, sino porque necesitaba contárselo a alguien que entendiera, sin necesidad de contexto, que en el póker, como en la música, hay manos que se pierden bien y manos que se ganan mal, y que la diferencia importa aunque el marcador final sea el mismo.

Hubo también, en algún momento de ese interregno —y aquí el relato exige precisión, aunque la precisión en estas materias sea siempre aproximada—, un conato de quinto encuentro que no llegó a serlo. Isaan pasó por Madrid en tránsito, con escala de cuatro horas, y le mandó a Moyna un mensaje que decía, con la ambigüedad propia de quien no quiere comprometerse pero tampoco quiere parecer que no quiere comprometerse: «Estoy por Madrid unas horas, si andas por el centro». Moyna no andaba por el centro, o al menos eso respondió, con una brevedad que no permitía saber si era cierto o si era, simplemente, la respuesta que en ese momento le costaba menos dar. Isaan no insistió, porque había aprendido, en cuarenta años de proceso, que insistir es la forma más eficaz de obtener exactamente lo que no se quiere.

Este no-encuentro merece atención historiográfica precisamente porque no generó ninguna de las consecuencias que habría generado en cualquier fase anterior: no hubo interpretación de la brevedad de Moyna como señal de algo, no hubo mundo paralelo activado, no hubo consulta con Ahmad. Hubo, sencillamente, cuatro horas de escala en las que Isaan tomó un café en la terminal, revisó las manos de póker de la semana anterior y cogió su avión. Lo cual no es, en términos históricos, un hecho menor: indica que el sistema había alcanzado, por fin, ese grado de estabilidad que los físicos llaman equilibrio indiferente: el de la bola que reposa en una superficie plana y que, si se la desplaza ligeramente, no vuelve a su posición anterior ni tampoco rueda indefinidamente, sino que simplemente se queda donde la dejaron.

Fue durante este mismo periodo cuando Moyna, según supo Isaan mucho después y por vías indirectas —el tipo de información que circula entre personas que se conocen desde hace décadas sin que nadie la transmita deliberadamente—, estuvo considerando seriamente mudarse. No al barrio al que finalmente se mudó, sino a otro más lejos, en otra ciudad: uno de esos movimientos que la gente considera cuando necesita que el espacio exterior haga el trabajo que el espacio interior no está terminando de hacer. Que no se mudara a esa ciudad más lejana, sino al barrio cercano del que luego llamaría a Isaan para preguntarle por el piano, es, para el analista riguroso, un dato: no un dato que permita conclusiones firmes, porque los datos de este tipo nunca las permiten, pero sí un dato que conviene dejar consignado en el registro, por si alguien en el futuro necesita reconstruir la topografía exacta de este proceso.

Cabe concluir, por tanto, que el interregno entre el cuarto encuentro y la llamada del piano no fue, como podría parecer a primera vista, un simple paréntesis vacío entre dos hechos más interesantes. Fue, más bien, el periodo en que ambos sistemas terminaron de aprender lo que los sistemas tardan siempre demasiado en aprender: que la distancia entre dos personas no se mide en kilómetros ni en años de silencio, sino en la cantidad de trabajo que cada uno necesita hacer para mantenerla. Y que cuando ese trabajo deja de ser necesario —cuando la distancia se sostiene sola, sin esfuerzo, como una nota que ya no necesita que nadie la sostenga— es señal de que algo, en efecto, ha terminado. O de que algo, por fin, ha empezado a descansar. Que en este caso, como en tantos otros, venía a ser lo mismo.

Y así, sin que ninguno de los dos lo señalara, el proceso llegó a su verdadero punto estacionario: no aquel en que dos sistemas oscilantes encuentran una frecuencia común, sino aquel, más común y menos vendible en cualquier libro de divulgación, en que ambos sistemas simplemente dejan de necesitar al otro para seguir oscilando. Lo cual, cabe concluir, es la forma más discreta —y probablemente la más durable— que puede adoptar cualquier final.

Cabe añadir, a modo de apéndice —género que, como es sabido, solo se justifica cuando el cuerpo principal ya ha dicho todo lo que tenía que decir y el autor, sin embargo, no se resigna a soltar el documento—, un par de datos posteriores que no alteran la conclusión, pero que cualquier comentario de texto riguroso debería al menos mencionar en nota a pie de página.

El piano se vendió, en efecto, a una familia con dos hijos que empezaban clases de música, lo cual cierra ese hilo concreto con una normalidad casi decepcionante: ningún desconocido resultó ser un antiguo amor de Moyna, ninguna pieza inacabada apareció grabada en la memoria del instrumento, nada que un editor hubiera podido aprovechar. Simplemente, un piano cambió de dueño, como ocurre con los pianos.

Isaan, por su parte, siguió jugando al póker online con resultados que él mismo describía, con su habitual desapego hacia lo material, como «estadísticamente coherentes con la varianza esperada», es decir: ni ruina ni fortuna; otro sistema oscilante más que no requería resolución, solo gestión.

Y de Ahmad cabe decir que, fiel a su papel de Carlomagno discreto que organiza el terreno sin aparecer en primer plano, permaneció exactamente así durante el resto de la historia: presente, útil, y ausente de cualquier escena que mereciera ser contada.

En cuanto a Isaan y Moyna, no hubo quinto encuentro que reseñar, ni falta. Cabe concluir, por tanto —y esta vez sí de manera definitiva, porque los apéndices, a diferencia de los procesos históricos, sí tienen la decencia de terminar—, que cuarenta años de expansiones, frenos, Taifas y treguas desembocaron, finalmente, en dos personas que se mandaban, de cuando en cuando, un mensaje de feliz cumpleaños. Lo cual no es poco, si se piensa bien, y es exactamente todo lo que parece a primera vista, sin segundas lecturas posibles: el tipo de final que ningún examen calificaría de «rico en matices», pero que tiene la ventaja, sobre los matices, de ser cierto.